

ALFONSO PASO

"Los tres pequeños", mezclaban el humor con la interpretación de la Historia... Es este un capítulo desigual, aunque es justo aceptar que, en el contexto del teatro español de la época —es decir, de las obras "que se estrenaban"—, comedias como "El cielo dentro de casa" o "El canto de la cigarra" tenían un tono literario y teatral ligeramente superior al que generalmente dominaba.

C) Piezas escritas en la línea del teatro de su padre, Antonio Paso, que a nuestro autor le gustaba encuadrar —remitiéndose a una referencia puramente cronológica— en la "generación cómica del 98". Son obras escritas con oficio y, a veces, con ingenio. Es un teatro menor, por supuesto, pero que valdrá siempre para hacer reír inocentemente. Un ejemplo, "Vamos a contar mentiras".

D) Obras con un mensaje específico, a través de las cuales el autor, en perfecto acuerdo con el grupo dominante, intentó ridiculizar cuanto pusiera en cuestión sus valores. A veces, tales obras adoptaban un tono de reposada comedia burguesa o de altisonante drama histórico, pero lo normal es que rayaran en el astracán, caricaturizando los sentimientos democráticos de la nueva Iglesia, la posición crítica de los jóvenes —siempre barbudos, desconsiderados y zafios—, las formas culturales extranjeras, e incluso los escritos de protesta que por entonces firmaba la izquierda española contra los abusos del poder. Frente a las cuestiones que, en cada momento, inquietaban a nuestra derecha, allí estaba Alfonso Paso, dispuesto a lanzar el chiste contra la oposición... Este conjunto de obras constituye, en el plano teatral, una de las expresiones más nítidas del pensamiento de derecha español de la época. Son, a mi modo de ver, comedias deleznales, no por lo que defienden —que esa sería otra cuestión—, sino por la zafiedad con que lo hacen, aplicando los argumentos más burdos a las cuestiones más serias y complejas.

Recuerdo ahora a un Alfonso Paso de treinta años apenas cumplidos, con la experiencia reciente de Arte Nuevo y los Teatros Universitarios, hablándome, sentado junto a su mujer, Evangelina Jardiel, en una modesta pensión madrileña. Me decía que mientras un empresario no gana mucho dinero con un autor, es decir, mientras éste no se pone de acuerdo con el públi-



Paso, entre José Luis Alonso, José Monleón y Pérez Puig, al final de los cincuenta, en el museo de bebidas Chicote.

co, no puede afirmarse realmente que se trate de un autor de teatro. El problema estaba en la mentalidad y composición general de ese público —del que el empresario no es más que el servidor—, que Paso por entonces despreciaba. La contradicción —que han tenido todos nuestros modernos dramaturgos de interés— aspiraba a salvarla Paso con un teatro ambiguo, que los más aceptarían por su imaginación y su gracia, a la vez que poseía unas significaciones sociales y dramáticas progresistas. "El

caso es estar 'dentro'; que cuenten con uno".

Si otros autores, situados ante la misma contradicción, pelearon por modificarla, u optaron por una marginación circunstancial, Alfonso Paso eligió un juego imposible. Tan imposible que, tras el estreno de "La boda de la chica", la última de sus buenas tragicomedias, tuvo que definirse de un modo inequívoco...

A partir de entonces, ligado al grupo social de los "vencedores", conoció el éxito más absoluto —año hubo en el que dominó

simultáneamente hasta media docena de escenarios madrileños— y, también, el período de oscurecimiento y de agresiva amargura del sector más reaccionario. Una amargura que, en el caso de Paso, debía de estar en parte alimentada por la conciencia, siempre acallada, de que su éxito, su entrega a la derecha española, era indisoluble de su fracaso. Del fracaso de aquel autor potencial que había empezado estrenando en Arte Nuevo y dirigiendo una obra de Valle-Inclán.

"Yo soy la historia"

RAMIRO CRISTOBAL

Subió con la clase media. Vivir en Mirasierra, veranear en El Escorial, fumar buenos puros, no estar mal de mujeres, un poco de respetabilidad, darse buena vida: todo un ideal. Como tantos profesionales españoles, Alfonso Paso no lo pasó bien en los años cincuenta. Después, la pequeña burguesía tomó partido por la dictadura y el dictador la recompensó con las sobras del banquete. Pagaron y sirvieron los platos —rotos y enteros— los trabajadores.

ALFONSO Paso fue el Cirineo interesado de esta pasión de la clase media. Con la sonrisa en los labios, un poco adúlador y un poco malencarado, ayudó a transportar y sostener la cruz de la mala conciencia. Claro que no fue del todo altruista: exigió que, al menos, se le dejara formar parte de los que se jugaron a los dados los pobres despojos.

Por su parte, él dio respuesta cumplida a todas las dudas. ¿La política? Cuestión de dinero. Bien lo explicó en "Rebelde" cuando una familia de rojos se hacía de derechas al "sacar" una quiniela y otra de derechas se pasaba a la izquier-

da tras arruinarse. ¿Los americanos? Buenos, ingenuos muchachos, pero malearon el servicio con sus sueldos fabulosos ("Las que tienen que servir"). Y las mujeres "intelectuales", amantes y madres frustradas. Y los jóvenes progresistas, pedantes resentidos y fracasados. Y los partidos políticos, cardumen de pescadores en río revuelto. En fin, lo que siempre había sospechado la sensata clase media española.

Pero si para unos fue Cirineo, para otros hizo el triste papel de Judas. En 1962, Paso contaba a Marino Gómez Santos, en "Pueblo", que José María de Quinto "se em-

peñaba en acusarle" de haber traicionado los compromisos de sus primeros años como autor. Porque —quién lo hubiera dicho en sus últimos años de "Fuerza Nueva" y "El Alcázar"— Alfonso Paso tuvo unas breves veleidades juveniles, progresistas y ambiguamente contestatarias.

En la posguerra de fines de los cuarenta, la intelectualidad madrileña se hacía lenguas del hijo de Antonio Paso. Se esperaba mucho de él. Era un chico brillante y, al parecer, buen estudiante. Su amistad con Alfonso Sastre, que provenía del colegio, le orientó hacia el teatro, aunque, lógicamente, siempre

había estado muy predispuesto a partir del ambiente familiar: era hijo de un autor de prestigio y de una actriz de la compañía de Borrás, Juana Gil Andrés. En esta época frecuentaba la casa de Jardiel Poncela —casi un mito para los jóvenes autores y críticos de entonces— junto con otros escritores de su edad: Aldecoa, Sastre, Fernández Santos, Medardo Fraile... Allí conocería a Evangelina Jardiel, hija del famoso hombre de teatro, con la que se casó en 1952.

Madridiño de la calle Apodaca, el joven Paso juega al populismo en la línea del "género chico" al que consideraba como un renacimiento del teatro en España, después del enorme bache secular producido por la muerte de Lope de Vega. A Paso le hacía gracia el pueblo de Madrid que ocultaba su hambre y su miseria con el casticismo chuleta de costumbre. Paso no veía o no quería ver más allá del desgarro en el lenguaje y la gesticulación llena de suficiencia. Pero le gustaba presumir de su afición de señorito a mezclarse con el pueblo. Era éste un objeto de diversión, de estudio somnoliento y quizá de explotación literaria.

Pero el pueblo no estaba —ni aun bajo este prisma— de moda en el nacional sindicalismo. Ni las más inocentes obras de Amiches eran aceptables en el ambiente antibroderista de la burguesía.

Con la influencia de Jardiel y, según las malas lenguas, con los originales inéditos del autor de "La Tournée de Dios", Paso encuentra su camino: la comedia de clase media. Descubre, además, que a pesar de sus paseos por las Cavas y el Rastro, no tiene ni idea de cómo es el pueblo, pero que, por el contrario, conoce de sobra a sus compañeros de viaje, los pequeños burgueses. Sabe perfectamente cuáles son sus temores y sus prejuicios, sus esperanzas y su sentido del humor. Es en esta cultura de horteras enriquecidos en la que se moverá cómodamente en los últimos años cincuenta y principio de los sesenta.

Claro que hubo alguna ayuda, más o menos interesada. Su mentor de esta época se llamó —se llama— Luis Calvo, que escribía en "ABC" juicios entusiasmados sobre sus obras y que le llevaría como colaborador a este diario en 1960. Allí iniciaría una extensa y reaccionaria obra periodística que culminaría en "El Alcázar", donde comenzó a requerimiento del entonces director, Lucio del Alamo. Sin olvidar una copiosa colaboración, erótica-ocultista, en la revista "Diez Minutos".

El mimetismo de Paso con las aficiones culturales de la clase media pasaba, también, por esa dedicación suya al ocultismo, la astrología y la pseudopsicología aplicada: creía en los horóscopos, en las rayas de la mano, en los signos del Zodíaco y en toda la garrulería irracional de este estilo. Seriamente, aplicaba a sus juicios y en sus entrevistas el sistema de "test", con

lo que creía encasillar definitivamente a sus personajes. A medias en broma y a medias en serio decía, a veces, ser la reencarnación de Lope de Vega y del mismísimo Leonardo da Vinci.

De su juventud "avanzada" no le quedó más que una cierta extravagancia, que rayaba en la bufonería. Lanzaba exabruptos, sin mucha importancia, y luego, para hacerse perdonar, actuaba en los despropósitos. Así, declaraba una vez: "Lo que le importa al público es que no estoy dispuesto a dar gusto a la clase media española, ni a sus problemitas de mesa camilla". Y, otra vez, preguntado sobre su mayor deseo: "Dar un puñetazo a todos los tópicos". Esta acracia verbenera y malhumorada era sólo fachada. En la vida real, y a la hora de la verdad, hacía de Nerón o de profesor; salía medio desnudo a escena; cantaba, como él decía, al estilo Gilbert Bécaud o Yves Montand ("yo ya canté, de joven, en Tánger, melodías de Bing Crosby"). Interpretaba papalitos en el cine o en la televisión. Hacía declaracio-

Así hablaba Alfonso Paso

"Para mí, los derechos de la mujer producen una marcadísima influencia matriarcal en la sociedad y, en definitiva, acarrearán una disolución de la célula familiar".

"Brecht era marxista del 17. Fíjese si está pasado".

"No soy un demócrata liberal. No creo en el sufragio universal, ni en los partidos".

"¿El bunker? Hay muchos bunkers. Fueron un bunker los liberales de 1814. Los de la Primera República y los de la Segunda República. También el Mercado Común es un bunker...".

"Esta sociedad nuestra, que es una invención judía".

"Si los españoles me molestan, me fastidian o me hacen la vida imposible, me largo y dejo que lo resuelvan ellos".

"Con el liberalismo y la proliferación de los partidos políticos se creaba una célula cancerosa en el organismo de España".

"España fue siempre tierra de caudilloje, barro para ser modelado por un solo alfarero, nación que espera más al hombre que a las Constituciones".

"Los falangistas somos más comunistas que los comunistas".

"La falange, con su savia fecunda, dotó al nuevo régimen, al soldado joven que aparecía en el horizonte, de las mejores cosas que tiene el régimen: una semiótica poética, su superación de la lucha de clases al concebir el trabajo y el empresariado como una misma cosa, representada por el sindicalismo".

(Tomadas de conferencias y declaraciones)



El autor, interpretando a su propio personaje en el "Nerón-Paso".

nes en la prensa de un galantería pasada de moda.

Y, además, sí estaba dispuesto a dar gusto a la clase media. Por ejemplo, no quería ceder un paso en el asunto del machismo. Para esto tenía una bonita parábola que él explicaba así: Un día el hombre primitivo vio caer un rayo sobre un árbol que se incendió; el hombre se apresuró a llevar el fuego a su caverna y allí hizo un pacto con la mujer para que ésta guardara el fuego del hogar, mientras él salía a cazar para los dos. "Ahora —decía— la mujer ha roto el pacto y quiere ser ella la que salga a cazar. Ha faltado a su palabra".

Pero sí en España todo eran parábolas y premios literarios, afuera no ocurría igual. Llegó a tener obras en once teatros de Madrid y a cobrar 100.000 pesetas diarias en la

Sociedad de Autores, pero cuando estrenó en París, hasta el crítico del derechista "La Figaro" estuvo muy severo con él. Paso se creyó obligado a decir públicamente que el mencionado crítico sabía menos de teatro que la encargada del guardarropa del Español de Madrid. Todo ello no fue obstáculo para que un importante diario dijera, en 1968, que un miembro de la Academia Sueca, del Comité seleccionador del Nobel, "estaba estudiando, con mucha atención, la obra de Paso".

En 1972 entra, definitivamente, en política. Se le nombra jefe de prensa del Ministerio de Obras Públicas, con Fernández de la Mora como titular. Paso se declara falangista y, luego, simpatizante de Fuerza Nueva. Confiesa admirar a Blas Piñar. Escribe en la página 3 de "El Alcázar" en compañía de

Rafael García Serrano y Antonio Izquierdo. Frecuentemente se mostrará reticente, sin embargo, a declarar su militancia. Se escurre de la cuestión con frases como "La política me aburre" o "Todos hemos sido siempre falangistas, de una u otra forma".

Mientras tanto su teatro es calificado, por la mayoría de la crítica, de burdamente comercial. Aún sigue teniendo un público, pero está eliminado del mundo de la cultura. Paso, que va desarrollando una clara manía persecutoria, lo atribuye a motivos personales y no deja nunca de decir, donde le dejan, que "Este es el país de las envidias". Cuando el crítico de "Mundo Diario" hable de la mediocridad de su obra, contestará jactanciosamente: "Yo soy historia ya. Y este señor crítico tiene que tragarlo". En esta misma respuesta incluye a TRIUNFO, de la que enigmáticamente dice: "TRIUNFO, revista que me merece mucho respeto, porque nunca se ha disfrazado de nada, y ahí se sabe quiénes están y quiénes son".

Por lo demás, sus últimos años, con su obra teatral en declive, pasan a ser los de su polémica periodística en pro de las esencias tradicionales de la Patria. Esto le vale algunos premios: en 1973, Licinio de la Fuente le impone la medalla del Trabajo. En 1977 recibe el Premio José Antonio de periodismo; Jurado: Raimundo Fernández Cuesta, Juan Velarde, Jesús Fueyo, David Jato, Agustín del Río, Jesús Suevos, Vicente Cadenas y Nuria Vives.

Sin embargo, esta su última etapa de fascista vergonzante y secundario no será, apenas, recordada. En los años setenta, como él mismo decía, Paso era ya historia. La historia de una reaccionaria clase media, repentinamente enriquecida, a la que él supo comprender y adular. El franquismo, benévolo, nunca dejó de agradecerlo.